

Prólogo

Han pasado veinte años y aún persiste en la memoria con perfecta claridad el momento en el que escuché al profesor Raimon Panikkar formular de forma precisa e inapelable (en medio de una presuntamente protocolaria conferencia inaugural de un congreso académico), la mejor definición de lo que para él (y desde entonces también para mi) era la investigación: un acto de amor.

Así de golpe, una afirmación tan singular como ésta puede sonar hasta cursi y ridículamente *new age*, como de perogrullada *paulocoelhista* de autoayuda avanzada. Al oírlo me sorprendió, y con el tiempo fue cobrando sentido. Intentaré aquí desgranar en qué medida esta afirmación es cosa seria, y en qué medida es primordial y aconsejable no perderla nunca de vista. Siempre podemos acudir a la socorrida etimología helenística del amor al conocimiento (filosofía) y del amor al lenguaje (filología) como las madres de todas las ciencias humanas; pero al margen de etimologías o *auctoritas*, el hecho de que entendamos la investigación como un acto de amor tiene unas cuantas implicaciones fundamentales. De entrada, por marcar su tendencia a desvincularse de dos o tres de los virus más nefastos que invaden el mundo de la academia. El primero: el de la burocratización competitiva que, bajo el loable designio de explicitar resultados tangibles, evaluables y transparentes, en su reverso oscuro incentiva la escritura innecesaria, el simulacro ritualizado o la inflación de nimiedades, la reiteración y otros juegos malabares. Publicar por publicar no lleva a ningún lado. Cuando no simplemente al plagio más o menos descarado: a decir lo que ya ha sido previamente dicho y quedarse tan campante.

La afirmación de Raimon Pannikar es también fundamental porque escapa por la tangente a la lógica dominante en la pulsión feudal y jerarquizada que mueve en buena medida los designios anacrónicos de la academia; y que convierte el conocimiento en arma de poder y de lucha cainita, librada con una agresividad más o menos pasiva y educada, por espacios de control, por cargos, despachos, subvenciones, proyectos, sinecuras, contrataciones, honores y retribuciones. La afirmación de Raimon Pannikar se aleja también de la investigación entendida como la huraña salvaguarda de un coto privado de caza: defendido como propio con uñas y dientes. El solipsismo vanidoso del erudito estéril y del cátedro, que más que sólido está petrificado en su autoridad incontestable e incontestada, se aleja del conocimiento genuino y del sentido crítico y compartido, provisorio y siempre dispuesto a desmentirse a si mismo, tal como sería siempre deseable sino exigible en el campo de la investigación.

Cuando Raimon Panikkar habla de la investigación como acto de amor, nos remite tanto al objeto como al sujeto: amor al objeto de estudio, y amor a su transmisión a los demás. En el campo de los estudios asiáticos ya es imposible obviar el recuerdo secular de la instrumentalización orientalista que subordinaba el conocimiento de las tierras, las gentes y los saberes de Asia a empresas coloniales más o menos explícitas, en cualquier caso para ejercer una mejor dominación y para reconfirmar

Dr. Manel Ollé

Profesor titular de historia y cultura de China moderna y contemporánea en la Universitat Pompeu Fabra, Barcelona.
Coordinador del Máster en Estudios Chinos de la misma universidad.

una supuesta superioridad intelectual y moral. Hoy todo aquello podría parecer muy lejano, pero no hace falta escarbar mucho en nuestro campos asianista del conocimiento para encontrar aún hoy de vez en cuando argumentaciones prejuiciosas o esencializaciones simplificadoras. Solo desde el amor, la pasión y la fascinación es posible fundamentar un conocimiento que necesariamente debe basarse también en la mirada crítica, despierta, desvelada y ecuánime. La investigación se acerca al acto de amor cuando la curiosidad se convierte en pasión. En este presente nuestro que ha visto fragmentarse hasta el infinito los repertorios canónicos de los saberes, de las lecturas y de los criterios de juicio, encontramos fascinaciones extremas, no pocas veces fuera de la academia, que quizás sin medida ni rigor, pero con persistencia y dedicación forjan ejemplos de profundización en terrenos ignotos. Conjuguar esta intensidad vital con las poderosas herramientas del método y el rigor investigador sería siempre lo más deseable.

En la afirmación de Raimon Panikkar se apunta a la necesidad de un conocimiento compartido. Investigar es participar de una conversación. Abrir juego, recoger el guante, llevar adelante lo que otros empezaron forma parte del diálogo que se suma a la divisa de Panikkar. Se trata ciertamente de una conversación algo rígida, formal y sujeta a pautas estrictas que no deberían ser marcas de etiqueta y de distinción sino de convivencia: imprescindibles para su prolongación en el tiempo y el espacio. En los ámbitos de la investigación, se han ido forjando unas reglas del juego que hacen fiable e interesante esta conversación. No se puede entrar en la sala y soltar la primera enormidad genialoide que se nos ocurra, sin previamente haber leído, contrastado, argumentado y demostrado. Seguir estas reglas no es solo cuestión de disciplina, sino apenas el punto de partida del diálogo: documentarse, aprender de los otros, citar correctamente, transliterar las lenguas asiáticas con rigor, usar de forma apropiada las fuentes primarias y secundarias, conjuguar según el caso la reflexión analítica y teórica con la aportación empírica y factual, redactar con claridad conceptual, delimitar de forma evidente la línea a partir de la cual se produce la novedad, la singularidad de nuestra contribución: la aportación propia en relación a lo previamente sabido; y al mismo tiempo no rehuir el sentido crítico, son prácticas que todas ellas abren el cauce que ha de hacer posible que el agua del conocimiento fluya y avance.

Solo podemos aquí felicitarnos y aprovechar la ocasión que se nos brinda cuando se rompen los moldes de la jerarquía y, desde la base de la presunta pirámide que en teoría debería apenas limitarse a recibir pasivamente conocimientos, se forja un espacio de compartición entusiasta, serio y reglado como este que se abre con la revista **Asiadémica**, con evaluaciones externas y comité científico, con el compromiso de un rigor formal que no se queda en el paripé del simulacro, sino en la voluntad de asegurar la viabilidad de la conversación académica. Que algunos de por aquí, y no los más apoltronados sino los más inquietos, dediquen sus desvelos, sus esfuerzos y su tiempo a hacer posible que la conversación asianista surja y crezca entre nosotros, y que nuevos interlocutores se sientan llamados y sumen activamente a ella, es posiblemente uno de los mejores ejemplos que podemos imaginar para ilustrar la divisa de Raimon Panikkar de la investigación entendida como un acto de amor.